

## ODA

Publicado por: Manuel Acuña

Publicado el : 16-5-2012 20:46:17

(Leída en la sesión que el Liceo Hidalgo celebró en honor de Doña Gertrudis Gómez de Avellaneda.)

De los tres cielos que recorre el hombre  
de la existencia en la medida impía,  
cuando la gloria me enseñó tu nombre  
yo estaba en el primero todavía.  
La pena que del pecho  
hasta el abismo lóbrego desciende,  
y del cadáver de un amor deshecho  
finge flotando en derredor del lecho  
la aparición bellísima de un duende;  
la sombra a cuyo peso aborrecido  
muere el placer y el alma se acobarda,  
tratando de evocar en el olvido  
el recuerdo dulcísimo y querido  
de los besos del ángel de la guarda;  
todo eso que en la frente  
deja un sello de luto y desconsuelo,  
cuando en el alma pálida y doliente  
no queda ni la fe que es del creyente  
la última golondrina que alza el vuelo  
todo eso que de noche  
baja hasta el corazón como una sombra,  
y que terrible y sin piedad ninguna  
sus ilusiones todas despedaza,  
aún no era sobre el cielo de mi cuna.  
Ni la pálida nube que importuna  
se levanta enseñando la amenaza.  
Dichoso con la dulce indiferencia  
del que al amor de su callado asilo  
ha vivido a la luz de la inocencia,  
acostumbrado a ver en la existencia  
la imagen de un azul siempre tranquilo,  
yo entonces ignoraba  
que, más allá de aquel humilde techo  
que sus caricias y su amor me daba,  
clamando al cielo y suspirando en vano  
desde el rincón sin luz de la vigilia,  
hubiera en otro hogar una familia  
de la que yo también era un hermano...  
Mi amor no sospechaba que existiera  
más ilusión ni cariñoso exceso

que la mirada dulce y hechicera  
de la santa mujer que la primera  
nos anuncia a la vida con un beso...  
Y hasta que al dulce y mágico sonido  
del arpa que temblaba entre tus manos,  
dejé mi rama, abandoné mi nido  
y te seguí hasta ese árbol bendecido  
donde todos los nidos son hermanos,  
fue cuando despertando de la calma  
en que flotaba la existencia mía,  
sentí asomar en lo íntimo de mi alma  
algo como la luz de un nuevo día.

Tu voz fue la primera  
que me habló en la dulzura de ese idioma  
que canta como canta la paloma  
y gime como gime la palmera...  
las cuerdas de tu lira,  
como la voz de la primera alondra  
que llama a las demás y las despierta,  
fueron las que al arrullo de tu acento  
sonaron sobre mi alma estremecida,  
como si siendo un pájaro la vida  
quisieran despertarlo al sentimiento...

Tu nombre va ligado en mi cariño  
con los recuerdos santos y amorosos  
de mis tiempos de niño,  
con los placeres dulces y sabrosos  
de esa época sonriente  
en la que es cada instante una promesa  
y en la que el ángel de la fe aún no besa  
las primeras arrugas de la frente;  
tu nombre es la memoria  
del pueblo y del hogar adonde un día  
fue a estremecerse el eco de tu gloria  
y el trino arrullador de tu poesía;  
la evocación de todo lo más santo  
en medio de mis noches desmayadas,  
que aún tiemblan a las dulces campanadas,  
de aquellas horas en que amaba tanto...

Y así, cuando yo supe  
que abandonada a tu dolor morías,  
y que en tu muda y lánguida tristeza  
renunciabas a ver junto a tu lecho,  
quien, al rodar sin vida tu cabeza,  
recogiera el laurel de tu grandeza  
y el último sollozo de tu pecho;

cuando yo supe que en la huesa insana  
te inclinabas por fin pálida y sola,  
sin que el adiós de tu alma soberana  
se enlutara la cítara cubana  
ni gimiera la cítara española;  
al darte mis adioses, los adioses  
de la eterna y postrera despedida,  
sentí que algo de triste sollozaba  
de mi dolor en el oscuro abismo,  
y que tu sombra que flotaba arriba,  
al extinguirse y al borrarse iba  
llevándose un pedazo de sí mismo,  
y entonces al poder de los recuerdos  
borrando la distancia  
tendí mis alas hacia el nido blando  
de los primeros sueños de la infancia;  
llegué al rincón modesto  
donde tus dulces páginas leía  
a la fe y al amor siempre dispuesto  
y allí de pie frente a la blanca cuna  
donde en sus flores me envolvió el destino,  
busqué en su fondo alguna  
que aún no cerrara su oloroso broche,  
y en él hallé dormida,  
ésta con la que el alma agradecida  
viene a aromar las sombras de la noche.

Deuda en mi cariño  
contraje desde niño con tu nombre,  
esa flor es el cántico del niño  
mezclada con las lágrimas del hombre;  
esta flor es el fruto de aquel germen  
que derramaste en mi niñez dichosa,  
y que al rodar sobre la humilde fosa  
donde tus restos duermen  
entre sus piedras ásperas se arraiga  
recogiendo su jugo en tus cenizas,  
y esperando en su cáliz a que caiga  
la gota de los cielos que le traiga  
la esencia y el amor de tus sonrisas.